

LA VISIÓN DE LOS HISPANOS EN LA CULTURA NORTEAMERICANA

Alejandro Hermosilla Sánchez

Me parece necesario, para hablar de la cuestión hispana en Estados Unidos de América, en primer lugar volver la vista —aunque sea brevemente— a la afroamericana, debido a que, comparando las problemáticas particulares de dos de los grupos étnicos más desfavorecidos, podrá entenderse mejor mi discurso. En este sentido, quisiera diferenciar los problemas que ambas comunidades tuvieron para integrarse en el nuevo país a partir de dos situaciones muy distintas y bien definidas: 1) la afroamericana, que debía confrontarse a la situación inicial de la esclavitud; y 2) la hispana y mestiza, que se enfrentaba a la lucha y rivalidad por la tierra y el espacio, su pérdida y su posterior necesidad de recuperarlo.

Al contrario que con los hispanos, con los afroamericanos no existió un problema migratorio (o al menos no fue el principal). Transportados como esclavos hacinados en barcos desde la costa occidental africana, se ganaban el derecho a estar en la nueva tierra con su sola presencia, por lo que la lucha que sostuvieron durante siglos fue más por su reconocimiento como seres humanos libres, como personas iguales, que por reivindicar su derecho a ocupar la tierra. No es difícil, en este sentido, resumir su historia, sobre la que existe un relato más o menos consensuado y decenas de testimonios, desde la novela de Harriet Stowe, *La cabaña del tío Tom* (1852), *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y las de *Huckleberry Finn* (1884), de Mark Twain o las novelas de William Faulkner, hasta clásicos cinematográficos como *El nacimiento de una nación* (1915).

En esencia, hay consenso y acuerdo sobre su historia. Los afroamericanos fueron traídos en contra de su voluntad por una raza de hombres que se consideraba elegida a una tierra prometida, en la que se necesitaba mano de obra lo más barata posible para implantar la civilización. Y, más tarde, cuando gracias a la revolución industrial los utensilios de trabajo fueron más baratos y efectivos, ya no fueron tan necesarios en el norte del país, que abogó por su liberación frente al sur, desatándose una guerra que terminaría con la prohibición de su esclavitud y pondría, en primer plano, la lucha por su reconocimiento e integración en la sociedad. Con el tiempo, y a medida que el capitalismo se desarrolla, las élites cederán ciertos territorios para evitar conflictos e introducirlos como consumidores o trabajadores asalariados en su sistema, aspirando a una convivencia más o menos pacífica con ellos de la que surgen, a medida que sus cantos y bailes son tenidos en cuenta, el jazz, el soul o el blues, que Terence Malick dejó retratado en una escena bellísima de su

inolvidable *Días del cielo* (1978). Y finalmente, un siglo después de la Guerra de Secesión (1861-1865), con más o menos esfuerzo, van a ir siendo escuchados y cobrando más importancia, tanto en el terreno artístico y político, como ponen de manifiesto Martin Luther King, Sun Ra, Sly Stone, Malcom X, James Brown, Little Richards, Chuck Berry o, en las últimas décadas, Spike Lee o Public Enemy, hasta en el mediático, tal y como ejemplifican actores como Bill Cosby o Morgan Freeman y deportistas como Michael Jordan, Magic Johnson o Tiger Woods.

Realmente, esto no ha producido un cambio a nivel global en su situación, dado que en la mayoría de los casos siguen ocupando el nivel más bajo del sistema. Y baste, a este respecto, echar un vistazo a la serie de David Simon, *The Wire* (2002-2008); pero sí muestra que ha habido una seria y necesaria reflexión sobre el tema además de, en cierto modo, una expiación (más o menos interesada y superficial) que ha permitido, por ejemplo, que Barack Obama llegara a la presidencia del país y se haya manifestado varias veces al respecto, o que Quentin Tarantino pudiera ajustar sus particulares cuentas con la historia al tiempo que pedía perdón y entonaba el *mea culpa* de manera sumamente divertida en su *Diango desencadenado* (2012) como, de forma muy diferente, lo había hecho anteriormente Steven Spielberg con su adaptación de la novela de Alice Walker, *El color púrpura* (1982).

Supongo que puede resultar innecesario realizar esta revisión al tema afroamericano, pero me parecía importante hacerla para verificar cómo hay un relato muy claro, una narración —con la que más o menos podemos estar de acuerdo— sobre el mismo en toda Norteamérica y no tanto sobre la cuestión hispana. En parte, porque traer forzosamente a los africanos al continente implica un paternalismo, una responsabilidad que no se puede delegar dado que es imposible recolocar a tantos seres humanos en el continente africano de nuevo, lo que obliga a las élites y clases medias blancas norteamericanas a conocer al menos esta historia y, en cierto sentido, reconocerse en ella. Para bien o para mal. Algo que no ocurre con los hispanos. O al menos, no del mismo modo. De hecho, la historia entre los hispanos y el pueblo norteamericano se encuentra llena de claroscuros, tibiezas, culpas que se ocultan, responsabilidades que no se reconocen, cuerpos que desaparecen y, en definitiva, zonas imprecisas, muy poco diáfanas, en las que hay que bucear ampliamente para ponerlas en claro, porque responden a otra problemática

muy distinta de la afroamericana: problemas de espacio, pertenencia de la tierra, rivalidad y confrontación.

Intentaré explicarme mejor. Para la construcción de los actuales Estados Unidos de América fue imprescindible acabar con los nativos americanos. No hace falta hablar mucho sobre esta cuestión. No creo que haya muchas personas que no sepan ni hayan oído hablar de la Conquista del Oeste o hayan visto alguno de los cientos y, en algún caso, magníficos *westerns* que se rodaron. Acabar con los nativos americanos implicaría, en principio, ocupar todo el espacio (repito, tema central del problema hispano) que estos guardaban, así como librarse de sus futuras reivindicaciones. Y a esto se aplicaron con más o menos fortuna los colonizadores. Sucede que al mismo tiempo que se estaba colonizando Norteamérica y despojándola de sus nativos, se estaba produciendo, a su vez, la colonización de México y otras partes del continente americano. Pero, en este caso, a las matanzas y rituales de sangre cometidas por mis ascendientes contra la población indígena del actual Perú o Colombia, pongamos por caso, había que añadir un hecho que, en principio, no sucedió —al menos regularmente— en EUA: el mestizaje. Los españoles cruzaron su sangre, ya sea por lascivia, lujuria o amor verdadero, con los nativos americanos que no pudieron exterminar, permitiendo que su herencia perviviese, lo cual provoca uno de los primeros malentendidos y conflictos con EUA y puede explicar en parte el vacío que se hizo sobre los hispanos a lo largo de los siglos, pues no había de ser agradable para las élites, los hijos de Abel norteamericanos —“el pueblo elegido”— saber que al otro lado de su frontera pervivían muchas personas con idénticos rasgos a los de los primeros habitantes de América, contra los que en esos momentos luchaban ellos para ocupar sus tierras. Tanto es así que el calificativo de mestizo pasó a convertirse en denigrante y muchos de los hijos de españoles y aborígenes fueron retratados, vistos o pensados como monstruos, seres que no pertenecían a ninguna cultura y estaban a medio camino de ninguna parte. Probablemente muy cerca del infierno, por ser fruto de una mezcla de sangre impura, visión que intentaba borrar el hecho de que el mestizo, en realidad, es hijo de ambas culturas (Europa y América por lo general) y, en cierto sentido, producto y consecuencia natural de la historia de este continente, que tendrá en la mezcla de nacionalidades y culturas su principal característica para forjar su leyenda y poder, como sucederá más tarde con el blues o el jazz.

De todas formas, en un principio, en EUA no se reconoció esta circunstancia, puesto que habría significado perder el poder de disfrutar las tierras recién conquistadas. Y, como acabo de indicar, no sólo se demonizó a esta figura, el mestizo, sino a la raza europea que había cometido tal pecado, la hispana, cuya pureza se puso en entredicho al tiempo que se destacaban gran parte de sus características

negativas y se divulgaban algunos de sus más horribles actos cometidos en el continente, dando lugar a la famosa “leyenda negra” que si bien era cierta tampoco podía ocultar la anglosajona. Aunque, en cierto modo, a sus propios ojos, la justificaba. Un hecho absolutamente necesario teniendo en cuenta que, a diferencia del afroamericano (que viene de fuera), el mestizo es una presencia amenazante que muestra la usurpación y el latrocinio cometido en estos parajes. Recuerda el crimen sin tener que nombrarlo. Hace referencia al mismo sin tener que decir una sola palabra. Y muestra las contradicciones de la ocupación americana con naturalidad, siendo, por tanto, una figura incómoda sobre la que todavía no se ha reflexionado lo necesario y ha costado tanto integrar dentro de un imaginario sano en EUA, donde, en muchos casos, se le sigue considerando como alguien peligroso o lejano al que es muy sencillo culpabilizar. (Véase lo que ocurrirá con el joven indiano al que, en una de las primeras temporadas de *Breaking Bad*, Walter White responsabiliza del robo acaecido en su Instituto de los tubos que utiliza para fabricar la droga). Y, asimismo, es bastante más fácil caricaturizarlo, como sucede en *Nacho Libre* (2006), la película de Jarod Hess, que comprenderlo. De hecho, no es extraño que se lo vea por momentos como una especie de animal sin alma con el que, por tanto, no habría que tener excesiva piedad, como de manera absolutamente descarnada pone de manifiesto el nombre de “la bestia”, tren que transporta a los emigrantes mexicanos y centroamericanos hacia EUA o el crudo film de Gregory Nava, *El norte* (1983); y de una manera un poco más sutil, muestra la muerte de Melquiades Estrada en la película de Tommy Lee Jones, *Los tres entierros de Melquiades Estrada* (2005), que en parte cumple una función similar a la realizada por Tarantino en *Django desencadenado* y prueba que algo está cambiando lentamente. En cualquier caso, que la relación entre hispanos y norteamericanos sería tensa y compleja, parecía claro desde la guerra entre Inglaterra y España del siglo XVI, pero es que, además, la forma en que se produjeron ciertos hechos históricos únicamente podía acentuarla. Por ejemplo, no fue un anglosajón sino un vasco, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el primer occidental en desplazarse por estos vastos terrenos de Norteamérica, circunstancia que, en mi opinión, se convirtió en algo más que una cicatriz molesta en la piel de los futuros Estados Unidos, al manchar y poner en duda esa historia heroica que todos los imperios y estados necesitan para construir su leyenda, puesto que, de forma sutil, anunciaba que el nuevo territorio sería no tanto un lugar destinado a una sola raza sino una especie de *melting pot*, una nueva Babel, donde todas ellas estarían destinadas —les gustase más o menos— a convivir. Algo que, desde luego, se puede interpretar positivamente, pues probablemente el problema de Babel era la Torre en sí misma y no su caída, que obligó a que los seres humanos, sin importar las razas, etnias o procedencias, se relacionaran entre sí, viéndose obligados a hacer un esfuerzo por comprender al otro, valorando las

diferencias y la importancia que tenía cada una de sus culturas, con sus respectivas particularidades. Y entendiéndolo, finalmente, que no había una, por supuesto, que fuera más importante que la otra.

Las tensiones entre hispanos y norteamericanos llegarían finalmente a su máximo punto de ebullición a mediados del siglo XIX, debido a la guerra entre México y EUA, un conflicto esencial para entender la actual relación entre las dos poblaciones. Debido a la victoria anglosajona se firmó en 1848 el tratado de Guadalupe Hidalgo, por el que Estados Unidos se apropiaba de los Estados de Texas, Nuevo México, California, Nevada, Utah y partes de Arizona, Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma. La frontera internacional se estableció en el Río Bravo. Y desde entonces, la visión sobre los hispanos en EUA fue lenta pero progresivamente modificándose teniendo en cuenta que tanto el mestizo como el mexicano pasaron de ser un “otro”, una especie de “monstruo” despreciable, a ser poblador de Estados Unidos, con todo lo que ello significa. Se estableció desde ese momento la base y raíz para la futura eclosión de un sincretismo cultural que al cabo de un siglo terminará desembocando, vía Afroamérica, en el jazz y el blues latinos, la particular forma de interpretar la salsa de Tito Puente, las melodías rockeras de Sixto Díaz Rodríguez, las coloridas novelas de Sandra Cisneros, los frescos humorísticos sobre la sociedad estadounidense del escritor dominicano Junot Díaz, un clásico del rock chicano y universal como “La Bamba” de Ritchie Valens, ciertos *rhythm and blues* de Willy DeVille y Tom Waits, las pegadizas canciones de la reina del tex-mex, Selena Quintanilla, el cocktail de funky rítmico de Gloria Estefan y la Miami Sound Machine, los merengues de Juan Luis Guerra, algunas experimentaciones musicales de David Byrne (el líder de Talking Heads), entre otras muchas creaciones que de no producirse esta mezcla no hubieran eclosionado exactamente como lo hicieron.

Es muy importante destacar que desde ese momento — mediados del siglo XIX— lo hispano comenzó a quedar maniatado a lo anglosajón, (como casi cien años después retrataría con gran brío y humor Carlos Berlanga en *Bienvenido Mr. Marshall*) y que tras la guerra de Cuba —1898— este proceso llegaría a su fin, quedando la relación entre ambos mundos más o menos en la forma que conocemos actualmente. Se comenzó a continuación a teorizar seriamente sobre las características de las dos culturas. Es entonces, de hecho, cuando se divulgan, instituyen y casi se hacen oficiales una serie de visiones y tópicos arrastrados a lo largo del tiempo sobre las dos cosmovisiones (como si fueran inobjetables verdades científicas). Por ejemplo, en 1891, José Martí diferencia entre dos propuestas: la de Estados Unidos (expansionismo, agresividad, guerra) frente a una fundamentada en el amor

y el reconocimiento de los derechos de los más débiles que podría corresponder, si se hicieran los esfuerzos debidos, a los pueblos latinoamericanos. E igualmente, en el año 1900 José Enrique Rodó escribe su *Ariel* donde, basándose en la obra de William Shakespeare, *La tempestad*, y los personajes Ariel y Calibán, diferencia el espíritu e idealismo (Latinoamérica) de la materia y el utilitarismo (Norteamérica). En definitiva, es en este momento cuando quedan fijados de manera general en la conciencia colectiva de las dos culturas toda una serie de comparaciones duales: ira (EUA) –vs– dulzura (hispanos); pragmatismo (EUA) –vs– idealismo (hispanos); civilización (EUA) –vs– barbarie (hispanos); mente (EUA) –vs– corazón (hispanos); no-tiempo o tiempo eterno (hispanos) –vs– el tiempo del reloj (EUA); cultura moderna (EUA) –vs– ancestral (pre-hispánica); vivir para trabajar (EUA) –vs– trabajar para vivir (hispanos); racionalidad (EUA) –vs– afectividad (hispanos); stress (EUA) –vs– relajación (hispanos).

Tópicos que tienen algo de verdad. Y, en algún caso, como ocurre con el que incide en la excesiva relajación de los pueblos hispanos, tanto en su sentido positivo como negativo, son reactualizados constantemente. Por ejemplo, en *Breaking Bad*, cuando Walter White necesita disponer de tiempo para resolver sus asuntos relacionados con la droga, no dudará en decirle a su mujer que ha decidido viajar a México, para ver si es posible que con las hierbas de los chamanes y curanderos su corazón encuentre tranquilidad suficiente para sanar de su cáncer. A su vez, en pocas ocasiones se va a mostrar más sonriente Michael Scott en la versión norteamericana de la serie *The Office*, que cuando anuncia a sus subordinados en el trabajo que va a pasar unas relajantes y gratas vacaciones en Cancún, mientras chapurrea un pobre español. Y es difícil olvidarse de cómo es visto uno de los pocos latinos —Roberto Mendoza— que aparecen en *El ala Oeste de la Casablanca (The West Wing)*, quien siendo candidato al Tribunal Supremo es detenido en Connecticut, sospechoso de conducir ebrio. Acusación que luego sabremos que es falsa pues se debe a motivos racistas.

Creo también necesario recalcar el que sea aproximadamente en esta época (entre mediados y fines del siglo XIX) que ciertos intelectuales empiecen a mostrarse interesados por las culturas de los nativos americanos que viven en México, algo que resulta muy sintomático para caracterizar las relaciones entre ambos pueblos, pues no es sino hasta que casi han desaparecido del territorio de EUA —y ya no se los percibe como enemigos— que comienzan a llegar propuestas de comprensión hacia las culturas aborígenes. Un ejemplo de ello es el extraordinario libro *Incidentes del viaje a Yucatán* (1843) de John Stephens, donde se revelan datos sobre las civilizaciones mesoamericanas que fascinaron a Edgar Allan Poe, quien no podrá ocultar una sonrisa

turbia al saber del descubrimiento de ciertos asentamientos mayas. Así mismo, tras un iniciático viaje a Yucatán, Charles Olson se decidirá a cambiar y experimentar aún más con su escritura. Y el inglés D. H. Lawrence vivirá años inolvidables en Oaxaca, donde intentará explorar el culto a Quetzalcóatl y las liturgias míticas y ancestrales pre-hispánicas en *La serpiente emplumada* (1926).

Es justo decir que, más allá de la voluntad de acercamiento y conocimiento a la cultura de los nativos americanos, la mayoría de estas visiones provocarán gran polémica en México, donde se les acusará de no haber profundizado lo suficiente; de haber visto y comprendido la “otra” cultura bajo las leyes de la propia sin perder, en ningún caso, su propia identidad occidental. Clásica polémica casi desde su nacimiento, que vivió uno de sus últimos episodios, pero seguro que no el último, en los encarnizados debates que se produjeron respecto a la versión que Mel Gibson ofreció de las culturas mayas en su *Apocalypto* (2006), película que hay quienes consideran una especie de *Rambo* a la indígena y que acaso sin comprender ni valorar tampoco sus reales méritos —en un caso de racismo o discriminación a la inversa— ha sido descalificada totalmente al considerarla un arma imperial para doblegar conciencias. Una forma a través de la que los norteamericanos justificarían la matanza de nativos americanos teniendo en cuenta la crueldad que muchos de ellos muestran en esa trepidante aventura en la selva.

Es a partir de la segunda o tercera década del siglo XX que poco a poco se van a ir diferenciando dos visiones sobre los hispanos en Norteamérica y el mundo anglosajón en general: 1) La oficial, la mass-mediática; y 2) La independiente, promovida desde ciertas universidades, centros contraculturales o determinados escritores y pensadores, que alcanza su cénit y apogeo a finales de la década de los 60 en Woodstock.

En cuanto a la oficial, es necesario resaltar una circunstancia: el hecho de que el mayor fabricante de sueños del siglo XX, Hollywood, estuviera situado en Los Ángeles. Más que nada, porque teniendo en cuenta el origen hispano de la mayoría de los habitantes de esta localidad, hubiera sido lógico que gran parte de ellos hubieran protagonizado o al menos hubieran aparecido como extras en muchos de los films. Sin embargo, esto no es así. De hecho, el hispano es uno de los grandes ausentes del cine de la era dorada de Hollywood. No aparece y si lo hace, casi no se le percibe. Como si no formara parte de la nación y hubiera que avergonzarse de él, en un momento en que Estados Unidos empieza a exportar su visión del mundo y de sí mismo a todas partes, colonizando el imaginario occidental por medio de *westerns* donde la figura de los nativos americanos no salía, desde luego, muy bien parada. No tanto porque los retratasen como malvados, sino más

Estados Unidos empieza a exportar su visión del mundo y de sí mismo a todas partes, colonizando el imaginario occidental por medio de *westerns*

bien porque no había reflexión apenas sobre ellos. Eran “el otro”, el otro elevado a la máxima potencia que no se podía ni se quería comprender y por tanto era mejor matar. Tampoco aparecen hispanos en muchos de los *cómics* de superhéroes norteamericanos. De hecho, últimamente he estado leyendo los primeros números de *El asombroso Spiderman* y *Los 4 Fantásticos* y no he encontrado ninguno. Y sospecho que tampoco deben encontrarse muchos en los de *Superman*, un héroe norteamericano cuyo poderío y aspecto contrasta más si lo comparamos con El Santo, el héroe mexicano por antonomasia, un hombre robusto y fuerte pero que, en realidad, podría ser cualquiera. Un ser anónimo que no se toma en serio a sí mismo y junto a Superlópez, la parodia de Superman española, o actualmente, Flaman, dan idea de lo diferentes que serán los héroes hispanos de los norteamericanos.

La relación oficial entre ambas culturas va a cambiar un poco —aún superficialmente— en los años 50 y 60 debido a la amenaza comunista, pues tras la Segunda Guerra Mundial, con la intención de enfrentarse al bloque soviético, EUA entiende que debe reclutar aliados y ofrecer una mejor visión del país, en los tiempos además en que Ernesto Che Guevara recorre media América llamando a la revolución. Y es entonces que se produce un momento inenarrable protagonizado por el más grande símbolo de Norteamérica, Elvis Presley, que en *Fun in Acapulco* (1963) entonará la famosa canción *Guadalajara* del maestro José Guízar, en español. Acto cordial imposible de concebir tan sólo unas décadas antes, por el que la nación anglosajona intentaba ganarse la simpatía del resto del mundo y, desde luego, de su vecino México, al que halagaba y agradecía su apoyo con una escena que, en mi opinión, representa el principio, muy incipiente, de la aceptación y consiguiente reflexión —más o menos acertada— que lentamente se fue desarrollando en los centros oficiales norteamericanos sobre los hispanos. Estos, no obstante, décadas más tarde volverían a ser criminalizados por el cine al ser tipificados como narcotraficantes y camellos en películas como *El precio del poder* (1983) de Brian de Palma o una serie como *Corrupción en Miami* (1984-1989) donde da la casualidad de que ninguno de los dos policías es hispano.

Tampoco recuerdo demasiados hispanos en la creación de J.J. Abrams, *Lost*, (2004-2010), que se proponía como un retrato casi caleidoscópico de la humanidad, lo que no creo

que en absoluto fuera negativo para los hispanos pues acaso este hecho indicara que tal vez los que se encuentran perdidos precisamente no sean ellos, sino los norteamericanos entre montañas de dólares, deudas, rascacielos y comida basura. Reflexión que, en parte, se corresponde con la que realizó la generación *beat* que vio a México como un lugar libre, una especie de Edén donde redimirse y escapar de la máquina capitalista continuando y llevando al extremo las reflexiones que décadas antes realizaron John Steinbeck y Tennessee Williams sobre su país vecino, y Ernest Hemingway sobre España. Por ejemplo, Jack Kerouac, al final de *En el camino* (1957) visualizaba México como un paraje místico, casi agreste, ideal para relajarse por primera vez de su viaje y emprender la búsqueda de su verdadero ser; William Burroughs lo pensaba como un lugar donde escapar y contemplar de lejos el peligroso desarrollo armamentista de su nación y el capitalismo salvaje que amenazaba con devorar el planeta; y el inglés Malcolm Lowry —como también Allen Ginsberg— lo entendía en *Bajo el volcán* (1947), como un centro que evidenciaba el apocalipsis de fe vivido en Occidente.

A este respecto, hay que resaltar que la contracultura disolvió muchas de las nociones imperialistas de EUA. Y puso por primera vez en claro las barbaridades cometidas contra los nativos americanos y la madre naturaleza en general. Recalcó la imposibilidad de huir de este oneroso recuerdo al que gran parte de los artistas de los años 60 dieron —con más o menos fuerza— relieve hasta que justo en 1968, en el año de Woodstock y el amor, de la explosión liberal, apareció la famosa *La noche de los muertos vivientes*, de George A. Romero, una película que mostraba de forma extrema toda esa mala conciencia escondida en la psique del norteamericano que se transformaba ahora en un zombie a través del que se sentía latir el aliento vengativo, el fantasma y espíritu de aquellos nativos americanos que fueron asesinados sin haberles dado tan siquiera sepultura. Y es que la contracultura no se va a reprimir en ningún caso a la hora de ofrecernos una visión crítica de los habitantes de la nación. Tanto es así que, desde determinado punto de vista, podría decirse que la película de George A. Romero fue el río en el que desembocaron afluentes como las series *The Addams*, *Dark Shadows* o *The Monsters*, a través de las que al fin, con sentido del humor y sano desparpajo, los americanos se reían de sí mismos y reconocían en cierto sentido algo del esperpento cometido al colonizar su país. De hecho, teniendo en cuenta estos antecedentes, parece lógico que, tras las oleadas de rebeldía surgidas en los años 60, en 1970 se estrenara el film de Arthur Penn, *Pequeño gran hombre*, protagonizado por Dustin Hoffman, donde al fin —como dos décadas más tarde realizará Kevin Costner en su oscarizada *Bailando con lobos* (1990)— se daría una visión humana de los nativos americanos en lo que suponía

un *mea culpa* por lo realizado, no exento de hipocresía —pues apenas quedaba ya ninguno de ellos vivo— pero al mismo tiempo posibilitaba el proceso de aceptación de los mestizos e hispanos, que no ha terminado de completarse por muchas de las causas anteriormente referidas, incluido el tema de los migrantes indocumentados hoy en día.

Con la intención de llegar a más público que con *Thriller*, Michael Jackson se hizo rodear de todo tipo de latinos en el video de *Bad* (1987). Y en uno de los *cartoons* más famosos de la historia, *Los Simpsons*, son variados, irónicos e inteligentes los guiños a esta comunidad cuya influencia ha ido creciendo cada vez más en las tres últimas décadas, acaso porque se ha comprobado que los defectos que se les achacaban hace siglos eran, en realidad, virtudes. De hecho, son ellos, con su paciencia, su sacrificio, su escaso sentido práctico pero su corazón de oro, uno de los colectivos que más están contribuyendo a sostener el país en años de duras crisis económicas, como los que estamos viviendo y los que vienen. Comportamiento que probablemente está permitiendo que se los humanice al fin y se intente comprenderlos, como muestra, por ejemplo, el que en la última temporada de *El ala oeste de la Casa Blanca* se nos presentara a un candidato latino, el Congresista Santos, como candidato (finalmente electo) a la presidencia de EUA, una muestra tan interesante como *Nuestra América: la presencia latina en el arte americano* que el Smithsonian American Art Museum estrenó hace unos años, el documental *Latinoamericans* de seis horas que el canal PBS comenzó a emitir recientemente o, muy de distinta manera, el auge de las películas de Robert Rodríguez como *Machete* (2010), donde el mexicano es visto como un ser capaz de aguantarlo todo, un héroe a su manera, que hay que respetar y cuidar pues de no ser así puede terminar volviéndose contra quienes lo ofenden y exterminarlos sin piedad, visión que no contribuye a la concordia pero me parece necesaria, teniendo en cuenta el problema migratorio aun no resuelto. Y que por más que hayan existido avances, como muestran series como *Breaking Bad*, *The Shield*, *Weeds* o la recientemente aparecida *Devious Maids*, en las que el latino es visto como narcotraficante o sirviente, aún queda mucho por hacer, como con tanta lucidez y maestría manifiestan, por ejemplo, algunas de las novelas de Cormac McCarthy. Habrá que estar pendientes. ☒

Alejandro Hermosilla Sánchez (Cartagena, 1974). Escritor español, doctor con mención europea en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad de Murcia. Ha publicado los siguientes ensayos y estudios críticos literarios: *Daimón: una odisea al revés*, sobre el escritor argentino Abel Posse; *Los hijos sin nombre: el silencio del olvido*, sobre la obra literaria de Ernesto Sábato; y *Sergio Pitol: las máscaras del viajero*, sobre literatura mexicana. Ha publicado también numerosos artículos en revistas especializadas de Colombia, México, Argentina y España. Realizó estancias pre y postdoctorales en universidades de Argentina y Francia. Ha sido profesor visitante en Universidades de Bulgaria, USA y México. Actualmente reside en Xalapa, México, y se encuentra a la espera de publicar un ensayo sobre la literatura de Mario Bellatín, titulado *La risa oscura*. Publicó recientemente la novela *Martillo*, en la editorial española Balduque.